

*Fragments de Texto Titulado
"APOLOGÍA DE SÓCRATES" de Platón*

“Sin duda alguna que soy más sabio que él, porque aunque en verdad pudiera muy bien suceder que ninguno de los dos supiésemos nada, él cree que sabe, bien que sepa en realidad, mientras que yo, si ciertamente no sé nada, también es cierto que estoy convencido de que nada sé.
Me parece que soy un poco más sabio que él desde el momento en que no creo saber lo que no sé ...”

“Todo aquel que ocupe un puesto - bien lo haya escogido él mismo como el más honorable, bien haya sido colocado en el por un superior – tiene el deber, a mi juicio, de defenderle a toda costa sea cual sea el peligro que pudiera amenazarle, sin importarle ni la muerte posible, ni peligro alguno que hubiese que sacrificar el honor.”

“Se trata de algo que siento aquí adentro desde niño, cierta voz que, cuando se deja oír, me desvía siempre que me conviene de aquello qué iba a hacer, sin empujarme jamás a obrar ...”

“Lo que me ha faltado para librarme no ha sido discursos, sino la audacia, la desvergüenza, la cobardía de haceros oír lo que os hubiera sido más agradable, es decir, al ver a Sócrates llorando, gimiendo y exclamando cosas indignas de mí.

¡ Pero no !. Yo no me arrepiento de no haberme defendido de este modo”

FRAGMENTOS DEL TEXTO TITULADO "APOLOGIA DE SÓCRATES"

"Voy a tratar de destruir y de arrancar de vuestros espíritus una antigua calumnia. ¿Qué decían exactamente los que me calumniaban? Decían: Sócrates es culpable, por averiguar lo que acontece en la tierra y en los cielos, por hacer triunfar la mala causa, por enseñar a otros a hacer lo que él hace."

Nada de todo esto es serio. Es más: si alguien os ha dicho que tengo costumbre de enseñar por dinero, no creéddlo tampoco, pues tampoco es verdad"...

"Es cierto que reconozco que poseo una determinada sabiduría. ¿Qué clase de sabiduría es ésta? La sabiduría propia del hombre. Esta sabiduría puede ser que yo la posea en verdad, en cambio, éstos tiene otra que yo no la poseo y si alguien me la atribuye, miente y sólo trata de calumniarme."

"Y ahora no me tachéis presuntuoso. Lo que voy a alegar no es mío. Voy a hacer referencia a alguien a quien puede creerse por su palabra, ese testigo que invoco es el Dios que está en Delfos. Sin duda conocéis a chairefón. A él me unió una amistad desde la infancia, un día se atrevió a proponer al Dios la siguiente pregunta, le consultó sobre si había alguno más sabio que yo. Y la pitia le respondió que ningún otro podía igualárseme. Cuando tuve conocimiento de este oráculo me dije a mí mismo: ¿qué significan, Sócrates, las palabras del Dios? ¿cuál es su sentido oculto? Porque yo tengo la certeza de no ser sabio, ni mucho menos..."

"Me decidí a verificar el hecho del siguiente modo: Fui al encuentro de uno de esos hombres tenidos por sabios, no hace falta nombrarle, era uno de nuestros hombres ~~de~~ Estado.

Al conversar con él, me pareció que aquel gran personaje que a tantos, y a él mismo, parecía sabio, no lo era en modo alguno. Y, convencido de ello, traté de demostrarle que por creerse sabio no lo era"...

encargar, mediante el precio que fuese, de desarrollar en ellos cuanto a su naturaleza correspondiera. Escogeríamos algún domador de caballos o algún granjero. Pero como son hombres, ¿a quién tienes el propósito de confiarlos? ¿Quién hay diestro en desarrollar las cualidades propias del hombre y del ciudadano? Supongo que habrás pensado en ello, puesto que tienes hijos. Dime, pues: ¿has encontrado o no, ya, a alguno?" "Sí, me replicó. "¿Quién es?", añadió. "De dónde es? ¿Qué cobra por sus lecciones?" "Es Euenos de Paros, Sócrates, añadió, y cobra cinco minas". Oyendo esto pensé que el tal Euenos era un hombre privilegiado, si en verdad posee tal arte y con tanta prudencia lo enseña. En cuanto a mí, yo estaría bien orgulloso y bien contento de mí si supiese hacer otro tanto. Pero, con franqueza, atenienses, no lo sé hacer.

Y ahora calculo que, oyéndome, más de uno de vosotros caerá en la tentación de preguntarme: "Pero, bueno, Sócrates, ¿en qué te ocupas tú, entonces? ¿De dónde provienen en este caso las calumnias de que eres víctima? Porque, después de todo, si no haces nada excepcional, ¿cómo se explica que hablen tanto de ti? Dime, pues, de lo que se trata, si no quieres que nosotros mismos nos forjemos una explicación a nuestro gusto."

Pregunta enteramente legítima, lo reconozco. Para ahorrárosla voy a tratar de explicaros lo que me ha ocasionado esta enfadosa notoriedad. Escuchadme, pues. Y no vayáis a imaginar que bromeo. No; creedme, que lo que voy a deciros es la pura verdad. Es cierto que reconozco que poseo una determinada sabiduría, atenienses, y ello es lo que me ha valido mi reputación. ¿Qué clase de sabiduría es ésta? La que en sí es, al menos tal lo creo la sabiduría propia del hombre. Esta sabiduría puede ser que yo la posea en verdad; en cambio, éstos de los que acabo de hablar tienen otra, que es, sin duda, más que humana. De otro modo no sé qué decir de ella pues yo no la poseo, y si alguien me la atribuye, miente y sólo trata de calumniarme.

Y ahora no me tachéis de presuntuoso atenienses. Lo que voy a alegar no es mío. Voy a hacer referencia a alguien a quien puede creerse por su palabra: al testigo que podrá dar fe de mi ciencia, si es que la tengo, y decir en qué consiste; este testigo que invoco es el dios que está en Delfos. Sin duda conocéis a Chairefón. A él me unió amistad desde la infancia, y a su vez él era de los amigos del pueblo; con vosotros marchó al destierro y de él volvió con vosotros. Tampoco desconocéis cuál era su carácter y de qué modo se apasionaba por todo cuanto emprendía. Pues bien; un día que había ido a Delfos se atrevió a proponer al dios la siguiente pregunta —pero por favor, jueces, no os escandalicéis escuchándola—; le consultó sobre si había alguno más sabio que yo. Y la Pitia le respondió que ningún otro podía igualárseme. De la veracidad de esta respuesta, su hermano, aquí presente, podrá dar fe, ya que él mismo no podría hacerlo, por haber muerto.

Y ahora sabed por qué os hablo de esto: Pues es, porque tengo el mayor

6

dios → Delfos
Chairefón -

CONSEJO

DIT

del hombre y del
caballos o algún
to de conflictos?
tienes hijos?

interés en explicaros de dónde me ha venido la falsa reputación de que soy víctima. Cuando tuve conocimiento de este oráculo me dije a mí mismo: "¿Qué significan, Sócrates, las palabras del dios? ¿Cuál es su sentido oculto? Porque yo tengo la certeza de no ser sabio, ni mucho menos. ¿Qué ha querido decir, pues, al afirmar que soy el más sabio, teniendo en cuenta que sus palabras forzosamente han de ser verdaderas desde el momento que le es imposible mentir?" Durante mucho tiempo permanecí sin hallar la solución. Al fin, y bien a pesar mío, me decidí a verificar el hecho del siguiente modo:

Fui al encuentro de uno de esos hombres tenidos por sabios, en la seguridad de que, de no ser él, nadie podría sacarme de dudas, y de que, una vez avisado, podría decir al dios con seguridad: "He aquí uno que es más sabio que yo, a pesar de haberme tú proclamado el más sabio." Examiné, pues, a fondo al hombre en cuestión —no hace falta nombrarle; era uno de nuestros hombres de Estado—, y al probarle, al conversar con él, he aquí la impresión que me hizo, atenienses. Me pareció que aquel gran personaje que a tantos, y a él mismo, parecía sabio, no lo era en modo alguno. Y, convencido de ello, traté de demostrarle que precisamente por creerse sabio no lo era. El resultado fue atraerme su enemistad y, además, la de varios de los que presenciaban la escena. Entonces me retiré diciéndome: "Sin duda alguna soy más sabio que él. Porque aunque en verdad pudiera muy bien suceder que ninguno de los dos supiésemos nada, él cree que sabe, bien que nada sepa en realidad, mientras que yo, si ciertamente no sé nada, también es cierto que estoy convencido de que nada sé. Por consiguiente, me parece que soy un poco más sabio que él desde el momento en que no creo saber lo que no sé." Despues de esto fui a buscar a otra notabilidad; uno que pasaba aún por más sabio. Y la impresión que me hizo fue la misma. E igualmente me gané su enemistad y la de varios más que le admiraban.

Continué mi tarea, no obstante, aunque bien comprendía, y ello me llenaba de sentimiento y de inquietud, que me iba atrayendo enemigos; pero estaba obligado, al menos tal me creí, a supeditarlo todo al servicio del dios. Continué, pues, tratando de averiguar el sentido del oráculo, con todos aquellos que pasaban por tener algún saber. Mas, ¡por el perro! (1), atenienses —he de ser sincero con vosotros hasta el fin—, he aquí, poco más o menos, lo que sucedió: Los más afamados, al examinarlos según el pensamiento del dios, me parecieron los más inferiores, mientras que los que pasaban por inferiores me resultaron los más sanos de espíritu. Pero voy a seguir contandoos esta excursión y cuantas andanzas y trabajos emprendí, deseoso de verificar el oráculo.

Después de los hombres de Estado fui al encuentro de los poetas, de los autores de tragedias, de los inventores de ditirambos y demás por el estilo, diciéndome que seguramente cerca de ellos me daría perfecta cuenta de la inferioridad de mi saber. Y llevando conmigo aquellos de sus poemas que

me parecían más meditados y perfectos, les pedí que me los explicasen; al mismo tiempo, pensé, me instruiré con su contenido. Pues bien, jueces, apenas me atrevo a deciros la verdad. Sin embargo, es preciso. Escuchadme bien: cuantos eran testigos de aquellas entrevistas, o poco menos, hubieran hablado con más competencia que los mismos autores sobre aquellas sus propias obras. En breve espacio de tiempo, pues, me vi obligado a formar de los poetas la siguiente opinión: que sus creaciones eran debidas, no a su saber, sino a dones naturales, a una especie de inspiración celestial, semejante a la de los profetas y adivinos, pues igualmente éstos dicen cosas admirables, pero sin exacto conocimiento de lo que dicen. Pues bien, otro tanto les ocurre, estoy seguro, a los poetas. No obstante, pude convencerme también de que se creían, gracias a su talento natural, los más sabios de los hombres, y qué sé yo cuántas cosas más, que ni remotamente poseían. Al dejarlos pensé de nuevo que tenía sobre ellos la misma ventaja que sobre los hombres de Estado.

En fin, por acabar os diré que fui a buscar a los artesanos, pues, consciente de que no sabía nada o casi nada, estaba seguro de encontrar entre ellos hombres sabedores de muy bellas cosas. Y, en efecto, sobre este punto no me engañaba: realmente sabían cosas que yo ignoraba y en ellas eran, en verdad, más sabios que yo. Sólo que aquellos excelentes artesanos, atenienses, me parecieron tener el mismo defecto que los poetas. Por el hecho de saber perfectamente su oficio, cada uno de ellos creía ya saberlo todo, hasta las cosas más difíciles, y esta ilusión manchaba lo que realmente sabían. Es decir, que para justificar el oráculo acabé por preguntarme si no prefería ser tal cual era, a pesar de no tener su saber ni su ignorancia, que tener como ellos la ignorancia con la sabiduría. Y respondí al oráculo y al mismo tiempo me dije a mí mismo, que era preferible ser como yo era.

Tal fue, atenienses, el resultado de la averiguación que me ha causado tantos enemigos; enemigos torcidamente apasionados, maldicentes, que han propalado tanta calumnia a propósito de mí y que me han atribuido esa sabiduría que me perjudica. Pues ha ocurrido que cada vez que yo convencía a alguno de su ignorancia, los que lo presenciaban creían que en mí estaba la ciencia toda que el otro desconocía. En realidad, jueces, el dios estaba seguro de esto, y por medio de su oráculo lo único que pretendió fue poner de manifiesto que la ciencia humana es poca cosa o, por mejor decir, nada. E indudablemente al decir mi nombre, Sócrates, era que se servía de él para tomarme como ejemplo de ignorancia. O sea que es como si hubiese dicho: "Sabed, humanos, que el sabio de entre vosotros es aquel que, cual Sócrates, sabe que en resumidas cuentas no sabe nada."

Y ahora sabed vosotros que esta misma averiguación he continuado practicándola y aun hoy la prosigo a través de la ciudad, donde interrogo, de acuerdo siempre con la idea del dios, a todo ciudadano o extranjero que

texto de su queja. Esta dice, poco más o menos: Sócrates es culpable de corromper a los jóvenes, de no creer en los dioses en los cuales cree la ciudad y de sustituirlos por divinidades nuevas. Tal es su acusación. Examinémosla punto por punto.

Pretenden, como oís, que soy culpable de corromper a los jóvenes. Pues bien, a mi vez, yo pretendo que Meletos es culpable de bromear en asunto tan serio, puesto que tan de ligero emplaza a la gente ante la justicia finiendo interesarse por cosas de las que jamás se ha preocupado. Y voy a tratar de demostraros la verdad de esto que afirmo.

Acércate, Meletos, y dime: —“No es para ti de la mayor importancia el que nuestros jóvenes estén lo mejor educados posible?” —“Sin duda.”

—“Por consiguiente, di a los jueces quién es capaz de hacerlos mejores. No es posible dudar que lo sepas, ya que es tu gran preocupación. Has descubierto, según acabas de declarar, a quien los corrompe, es decir, a mí, y por ello precisamente me traes aquí y me acusas. Pues bien, nombra asimismo a quien los vuelve mejores, révelaselo a los jueces. Anda. Pero ¡cómo! ¿Por qué te callas, Meletos? ¿No sabes qué decir? ¿Pero no comprendes que esto no te favorece, ya que tu silencio confirma lo que yo decía antes al asegurar que estas cuestiones no te importaban nada en absoluto? ¡Ea, ánimate, hombre, habla! Quién los hace mejores?” —“Las leyes.” —“Pero, querido joven, esto no es responder a mi pregunta. Yo pregunto por el hombre que los hace mejores; por el que, desde luego, conoce mejor que otro alguno esas leyes de que hablas.” —“Entonces no tienes más que dirigir la vista a los que están ante ti: los jueces.” —“Pero ¿qué dices, Meletos? ¿Que estos jueces son capaces de formar a la juventud y de hacerla mejor?” —“Sin duda alguna.” —“Pero ¿todos ellos son capaces de tal empresa o tan sólo algunos de entre ellos?” —“Todos!” —“Bien dicho, por Hera”, en verdad, que entonces no carecemos de gentes capaces de hacernos el bien. Pero, dime aún: estos que nos escuchan ¿pueden asimismo volverlos mejores o no?”

—“Lo pueden igualmente.” —“Y los miembros del Consejo?” —“Del mismo modo.” —“Y los ciudadanos que forman la Asamblea ¿corrompen a los jóvenes o también son capaces de hacerlos mejores?” —“Sí, también.” —“Es decir, que, por lo visto, todos los atenienses, todos menos yo, son capaces de formar la juventud y de hacerla mejor. Tan sólo yo la corrospo. ¿No es esto lo que tú quieras decir?” —“Eso exactamente” —“En verdad que me achacas una desdichadísima suerte! Pero dime aún: ¿es que, según tú, ocurre igual que con la juventud con los caballos? ¿Crees que todo el mundo es capaz de adiestrarlos y uno tan sólo de resabiarlos? ¿O que, por el contrario, uno solo sea capaz de enseñarlos, o cuando más algunos, los del oficio, mientras que los demás, si tratan de hacerlo por su cuenta, no consiguen sino todo lo contrario? ¿Y no podríamos decir otro tanto, Meletos, respecto a todos los animales? Sí, ¡ya lo creo!, digas tú lo que digas y aunque

Anitos te apoye. ¡Ah! Pues menuda suerte sería para los jóvenes que tan solo un hombre fuese capaz de pervertirlos y que todos los demás les hiciesen el bien! Pero no, Meletos, inútil tu empeño; lo único que consigues obstinándote es poner en evidencia que jamás te has preocupado de los jóvenes, tu indiferencia absoluta por las cosas de que me acusas.

Pero vamos a otra cuestión. Dime, por Zeus, ¿qué vale más, si vivir entre gente honrada o entre bribones? Vamos, amigo mío, responde; lo que te pregunto no es tan difícil. «No es verdad que los bribones perjudican siempre a aquellos que se les aproximan, mientras que los hombres de bien les benefician?» —«Así es.» —«Ahora dime: ¿habrá alguien que prefiera ser mal tratado a bien tratado por aquellos a quienes frecuente?... Responde, amigo mío; la ley exige que me respondas. ¿Habrá alguien que prefiera ser perjudicado?» —«No, ciertamente.» —«Bien. Por otra parte, al acusarme de corromper a los jóvenes y de perjudicarles, ¿crees que lo hago a propósito e involuntariamente?» —«A propósito.» —«¿Qué estás diciendo, Meletos? ¿Cómo es posible que siendo tan joven como eres me sobrepasses en experiencia de tal modo, pese a mis años? ¿Es posible en verdad? Tú sabes, lo sabes perfectamente, que los pícaros perjudican siempre a quienes se les aproximan, mientras que los hombres honrados les favorecen, y, en cambio, yo soy tan ignorante como para no saber que si vuelvo malos a quienes conviven conmigo me expongo a que me perjudiquen? Y, no obstante, yo obró así a propósito? Vamos, Meletos; esto ni a mí ni a nadie será capaz de hacérselo creer. Luego, o yo no soy cual dices, un corruptor, o bien si corrospo a alguien es involuntariamente. Y tanto en un caso como en otro mientes. Pues ni que decir tiene que si por casualidad corrospo a alguien sin saberlo ello no pasará de ser una de esas faltas voluntarias que, según la ley, no deben llegar ante este tribunal, sino de las cuales tan sólo es preciso advertir o reprender al autor privadamente. Pues es indudable que, una vez advertido, no volveré a hacer lo que hice sin proponérmelo. Sin embargo, tú te has guardado muy bien de acercarte a hablar conmigo y de advertirme; al contrario, en vez de quererlo y hacerlo así me citas ante un tribunal como éste, a quien la ley somete a aquellos a quienes se debe castigar, mas no a aquellos a quienes es preciso encauzar por el buen camino.

Y ved si esto no es bastante, atenienses, cual decía hace un instante, para probar que Meletos jamás se ha preocupado de asuntos de esta índole. Y en todo caso, Meletos, explícanos de qué modo, según tú, corrospo a los jóvenes. Es decir, ¿no se deduce del propio texto de tu acusación que tal hago enseñándoles a no creer en los dioses en los que cree la ciudad, sino en otros, en dioses nuevos? ¿No es de este modo como, según tú, les corrospo? —«Sí, de este modo. Lo afirmo categóricamente.» —«En este caso, Meletos, explícanos, en nombre de esos mismos dioses, explícanos con claridad tu pensamiento, tanto a los jueces como a mí. Pues hay una cosa

PARTE DE LA
PLAZA
PÚBLICA.

que no comprendo bien: ¿admites que enseño la existencia de ciertos dioses en cuyo caso y desde el momento en que creo en ellos no soy ateo y estoy fuera de tu acusación —, cuyos dioses no son los de la ciudad, sino otros dioses distintos, y por ello te levantas contra mí, o bien sostienes que no creo en dios alguno y que enseño esta creencia que profeso? — "Sí, esto es precisamente lo que sostengo; que no crees en ningún dios." — "Admirable seguridad, Meletos! Pero, en fin, ¿qué quieras decir con ello? ¿Es que, según tú, no reconozco tan siquiera como dioses al sol y a la luna, en quien todos creen?" — "No, jueces, no los reconoce como tales. Afirmá que el sol es una piedra y que la luna es un pedazo de tierra únicamente." — "Pero es a Anaxágoras a quien estás acusando, mi querido Meletos! Además, ¡tan poco estimas a estos jueces, tan ignorantes les crees, que no sepan que son los libros de Anaxágoras de Klazomenai los que defienden extensamente estas teorías! ¿Y es cerca de mí adonde los jóvenes iban a venir a instruirse sobre estas cosas, pudiendo siempre que se les antoje comprar estos libros en la orquesta" por un dracma a lo sumo? Es más: ¡no sería esto motivo para que se burlasen del pobre Sócrates si diese como suyas ideas que no lo eran, tanto más cuanto que no son las corrientes? En fin, tu afirmación es que yo no creo en ningún dios, verdad?" — "Por Zeus, en ninguno absolutamente."

"Qué atrevimiento, Meletos! Eres capaz, y a tal llegarás, de no creerte ni a tí mismo. Pienso, en verdad, atenienses, que se burla de nosotros con la mayor impudicia y que en su acusación, tal cual está redactada, lo único que se manifiesta es la insolente temeridad audaz de su edad. Estoy persuadido de que lo que ha querido ha sido componer un enigma para probarme. Vamos a ver —se habrá dicho— si este sabio que dicen que es Sócrates se da cuenta de que me burlo y de que me contradigo o si no se da cuenta y le hago caer delante de todos." — "Pues está claro para mí que se contradice en su demanda de punta a cabo, ya que, en suma, lo que viene a decir es esto: "Sócrates es culpable de no creer en los dioses, aunque, sin embargo, cree en ellos." Y decidme, ¿no es esto una pura broma?

Examinad, si no, conmigo, jueces, la razón que me asiste para interpretar de este modo lo que dice. Y tú, Meletos, respóndenos. Pero vuelvo a rogaros que no os olvidéis de la súplica que os hice al empezar. Es decir, que no protestéis, aunque le interrogué de la manera que me es habitual.

— "Habrá un solo hombre, Meletos, que crea en la realidad de las cosas humanas sin creer en la de los hombres..." — Responde... — "Que me responda, jueces, y que no proteste así a tontas y a locas. — "Habrá alguien que no crea en los caballos después de creer en la equitación? — "Alguien que no crea en los tanedores de flauta a pesar de admitir este arte? No, indudablemente no, querido. Puesto que no quieres responderme lo haré yo por ti y por tus socios. Pero responde siquiera a esto que voy a preguntarte ahora."

alguien que crea en el poder de los demonios sin creer en éstos?" — "No, no es posible." — "Qué favor me prestas replicando así, aunque lo haces a la fuerza, obligado por los jueces. Sin embargo, declaras que creo en el poder de los demonios y que enseño su existencia, bien se trate de los antiguos demonios o de otros nuevos. Pues sí, creo en el poder de los demonios, tal cual dices y tal cual has atestado mediante juramento en su acusación. Pero si yo creo en el poder de los demonios preciso es forzosamente que crea también en los demonios, ¿no es verdad? Esto es incontestable. Y como cierto veo que lo admites, al menos así hemos de creerlo cuando no protestas.

"Pero ¿no consideramos los demonios como dioses, o como hijos de los dioses al menos? Responde sí o no." — "Sí." — "Entonces, si yo admito la existencia de los demonios y los demonios son dioses, ¿no tengo razón en decir que hablas mediante enigmas y que te burlas de nosotros? ¿Pues qué es sino una burla empezar afirmando que no creo en los dioses para en seguida sostener lo contrario desde el momento que convencido estás de que creo en los demonios? Otra hipótesis: si los demonios son hijos bastardos de los dioses nacidos de ellos y las nincas u otras madres, ¿cómo es posible admitir la existencia de los hijos de los dioses sin la existencia de éstos? Tanto valdría decir que hay mulos nacidos de yeguas y asnos, pero que ni las yeguas ni los asnos han existido. No, Meletos; en verdad que no es posible que hayas formulado de este modo tu acusación, a menos de haberlo hecho con la intención de probarnos; a no ser que carecieses de motivo serio contra mí para intentarlo de otro modo. Pues pretender de una persona, por poco sensata que sea, que crea que otra cree en el poder de los demonios y no en el de los dioses, o, por el contrario, que no crea ni en los demonios, ni en los dioses, ni en los héroes, es radicalmente imposible. Y esto sentado, atenienses, no me parece necesario demostrar más largamente que la acusación de Meletos no responde a fundamento sensato. Lo que he dicho hasta aquí es suficiente."

Pero antes he indicado que me había atraído muchas enemistades. Pues bien; nada es más cierto, sabedlo bien. Y lo que me perderá, si es que he de ser condenado, no será la falsa acusación actual, no serán Meletos y Anitos, sino aquello: las calumnias amontonadas, la malquerencia que me he conquistado, este rencor injustificado que ha perdido ya a tantos hombres de bien y que aún se encarnizará contra otros muchos, pues seguro es que yo no sea, por desdicha, el último en sufrirlo.

"Y qué, Sócrates —me dirán algunos—, ¿no te avergüenzas de haber llevado un género de vida que hoy te pone en trance de muerte?" Pues bien, a esto yo tendré el derecho de responder: "No está bien, amigos míos, pretender, como vosotros queréis, que un hombre que se estima calcule, antes de obrar, las posibilidades de vivir o morir que sus actos pueden acarrearle;

los que me habéis condenado; pues estoy en este momento de la vida en que los hombres, antes de expiration, son capaces de profetizar lo que ha de suceder. Os anuncio, pues, a vosotros, que me hacéis morir, que sufriréis, después que yo haya cesado de vivir, un castigo mucho más duro, Zeus es testigo, que el que me habéis infligido. Condenándome habéis creído librados de la vigilancia ejercida en vuestra vida; pues bien, ocurrirá todo lo contrario, os lo garantizo. Si, tendréis que entenderos con otros inquisidores, y muy numerosos, a los que yo contenía sin que lo sospechaseis; inquisidores tanto más importunos cuanto más jóvenes; inquisidores que os irritarán mucho más. Pues si creéis que matando a la gente evitareis que quede alguno que os reproche vivir, estáis equivocados. Esta manera de librarse de los censores es, además, odiable bien, tan ineficaz como deshonrosa. Una sola nos censuran, sino en volverse verdaderamente hombres de bien. Esto es lo que tenía que predecir a quienes de vosotros me habéis condenado. Con lo cual he terminado con ellos.

En cuanto a los que habéis votado en mi favor, me agradaría conversar con vosotros acerca de lo que acaba de ocurrir, mientras que los magistrados terminan de cumplir su misión y mientras se me conduce al lugar donde deba de morir. Hacedme, pues, el favor de quedarnos aún unos instantes cerca de mí. Nada nos impide que hablemos mientras ello sea posible. Quisiera exponeros, cual si fueseis de mis habituales compañeros, cómo interpreto lo que me acontece.

Aprended, pues, jueces —os doy este título porque vosotros sí tenéis derecho a él—, aprended una cosa maravillosa que me ha ocurrido hoy. Mi guía espiritual, el espíritu divino que me asiste, me permitía oírle hasta hoy muy frecuentemente, aun a propósito de actos de poca importancia, en todo momento en que iba a hacer algo que no convenía. Hoy, en cambio, cuando al parecer me sucede, como veis, algo que podría considerarse como la mayor de las desgracias, al menos como tal se la considera, no sólo no se me ha dejado oír al salir de mi casa ni cuando estaba ante el tribunal, sino ni tan siquiera y para prevenirme cuando he tenido que hablar. Sin embargo, en otras muchas ocasiones menos graves me ha obligado a callarme bien en contra de mis intenciones. Hoy, en cambio, ni un solo instante, mientras solventábamos este asunto, me ha impedido hacer o decir lo que quiera que fuese. ¿A qué debo atribuir esto? Os lo voy a decir. Es que, sin duda, lo que me acontece es bueno para mí, luego indudablemente nos equívocamos al temernos que la muerte es un mal. Sí esto es para mí una prueba decisiva. No puedo admitir que mi guía no me hubiese detenido si lo que he hecho no hubiera sido lo mejor.

Reflexionemos, pues: ¡Cuántas razones hay para esperar que la muerte sea un bien! Porque una de dos: o bien el que muere ya no es nada, y en

25
este caso, acabó para él toda sensación, o bien, y en conformidad con lo que se suele decir, la muerte no es sino un tránsito, un paso del alma de este lugar a otro.

Si las sensaciones desaparecen, si la muerte es uno de esos sueños en que todo se borra, hasta los ensueños, ¡qué maravillosa suerte debe ser morir! Pues no hay duda que cualquiera que piense en una de esa noches en las que el sueño es tan profundo que nada se siente, en que ni siquiera nos turban los ensueños, y la compara con otras noches y días de su vida y en seguida reflexione acerca de cuántos de estos días y cuántas de aquellas otras noches han sido mejor que ésta, creo que todo hombre, no ya los simples mortales, sino hasta el más poderoso de los reyes, encontrará pocas que puedan aventajarla. Por consiguiente, si la muerte es un sueño de esta naturaleza, la estimo como infinitamente beneficiosa, ya que gracias a ella todo para nosotros, pasado y porvenir, será como una de estas noches únicas.

Por otra parte, si la muerte es, en efecto, el tránsito de este lugar a otro; si es cierto que allí, como dicen, se reúnen todos los que murieron, ¿podríamos imaginar algo mejor? Decídme, jueces. Si en verdad, al llegar al Hades quedamos libres de quienes aquí pasan por jueces, encontrándonos en cambio con los verdaderos, con los que según se asegura hacen allí justicia, Minos, Radamantos, Aiakos, Triptolemos y demás semidiósese que en vida fueron justos, ¿no os parece que el viaje bien vale la pena? Pues ¿y si se tiene la dicha de entablar relaciones con Orfeus, Museo, Hesíodos y Homeros? ¿Qué no dariamos por que aconteciese? ¡Ah!, creedme que de ocurrir esto yo quisiera morir, no una, sino cien veces. ¡Qué maravilloso entretenimiento, para mí al menos, el conversar allí con Palamedes, con Ajax, el hijo de Telamón, o con cualquier otro héroe de los tiempos pasados que haya muerto a causa de una sentencia injusta! ¡Qué dulzura para mí el comparar mi suerte con la suya! Pero lo que me sería más grato que toda otra cosa sería el examinar a todos ellos a mi placer, el interrogarlos como aquí hacía, para descubrir quiénes de entre ellos son sabios verdaderamente y quiénes creen serlo no siéndolo. ¡Qué no valdría la pena de dar, jueces, por poder examinar de este modo al hombre que dirigió contra Troya aquel fabuloso ejército, o bien a Ulises, a Sísifos o a tantos otros hombres y mujeres como se podrían nombrar! Conversar con ellos, vivir en su compañía, examinarlos, averiguar cómo son. ¡Oh, dicha incomparable! Tanto más cuanto que, aun poniendo las cosas en lo peor, no hay miedo de ser también allí condenado a muerte por ellos, pues una de las ventajas de quienes mueran en aquellas regiones sobre nosotros es la de ser inmortales, si lo que se dice de ellos es verdad.

Esta confianza que me inspira la muerte, jueces, debéis de sentirla como yo la siento si tenéis en cuenta la siguiente verdad: que no hay mal posible para el hombre de bien ni en esta vida ni fuera de ella, pues los

TERCERA PARTE

HABIENDO SIDO CONDENADO A MUERTE, SÓCRATES DIRIGE A SUS JUECES
LA SIGUIENTE ALOCUCIÓN.

En verdad, atenienses, que, por falta de paciencia por vuestra parte, aquellos que encuentran pretexto en todo para desacreditar nuestra ciudad os acusarán y os difamarán por haber condenado a muerte a Sócrates, que era renombrado por su ciencia. Pues dirán que yo era sabio, bien que no lo sea, tan sólo por el placer de hablar mal de vosotros. Y, sin embargo, os hubiera bastado con esperar y el curso natural de las cosas os hubiera dado la misma satisfacción. Ved mi edad; mi vida va ya muy avanzada; mi fin está ya próximo. Y conste que esto que digo no lo digo por todos vosotros, sino tan sólo por quienes me han condenado a muerte.

A éstos, sí, y aún tengo otra cosa que decirles. Tal vez penséis, atenienses, que he sido condenado por no haberme defendido con habiles discursos, con discursos que os hubiesen persuadido, cual hubiese hecho, de creer que era preciso decir y hacer lo posible para escapar a la sentencia. Nada menos exacto. Lo que me ha faltado para librarme no han sido discursos, sino la audacia, la desvergüenza, la cobardía de haceros oír lo que os hubiera sido más agradable; es decir, el ver a Sócrates llorando, gimiendo, haciendo y exclamando cosas indignas de mí; en una palabra, todo lo que estás habituados a oír a otros acusados. Pero no, yo no he dicho antes que para escapar al peligro tuviese el derecho de cometer actos cobardes, y no me arrepiento de no haberme defendido de este modo.

¡Ah, de qué modo prefiero morir tras aquella defensa que vivir a costa de tal precio! Nadie, ni yo ni otro alguno, ya esté delante de un tribunal, ya en la guerra, debe buscar el sustraerse a la muerte cobardemente. Ocurre en los combates que con frecuencia se tiene la posibilidad de conservar la vida arrojando las armas y pidiendo gracia al enemigo que nos domina. Y lo mismo en los demás peligros, si nos decidimos a hacer o decir cuanto sea preciso, hay muchos medios de escapar a la muerte. Pero no olvidéis, jueces, que lo verdaderamente difícil no es escapar a la muerte, sino el escaparse de obrar mal. Pues el mal no dudéis que corre en pos de nosotros aún más de prisa que la muerte. Esto os explicará, si queréis, el que yo, viejo y tardo ya, me haya dejado alcanzar por el más lento de estos dos corredores, mientras que mis acusadores, vigorosos y ágiles, lo han sido por el más rápido, por el mal. De este modo ellos y yo saldremos de aquí juzgados: yo, por vosotros, digno de morir; ellos, acusados por la verdad de injustos e impostores. A mi propia estimación me atengo, como ellos a la suya. Sin duda era preciso que así ocurriese, y pienso que las cosas son como deben ser.

En lo que al porvenir concierne, quiero haceros una predicción a vosotros,

interesan por su suerte. En lo que a la mía respecta, nada fio a
didad al contrario, tengo por evidente que lo mejor para mí es morir
librarme de este modo de toda pena. Por esto mi guía interior no
ha detenido y por ello también me sucede que no sienta el menor rencor
contra quienes me han acusado y contra quienes me han condenado. Claro
que como acusándome y condenándome pensaban perjudicarme, en esto y
solo ésto son censurables.

o obstante, y a pesar de ello, tan sólo una cosa les pido: cuando mis
hijos sean ya hombres, atenienses, castigadles, castigadles, atormentadlos
yo yo os atormentaba a vosotros en cuanto creáis advertir que se pro-
ban del dinero o de cualquier cosa que no sea la virtud. Y si se atribuyen
ritos que no tienen, morderadlos como yo os mordería a vosotros.
rochadles por desdeñar lo esencial y atribuirse aquello que no les corres-
ponde. Si de tal modo obráis, seréis justos no sólo con mis hijos, sino
conmigo.

Mas la hora es llegada de marcharnos; yo a morir; vosotros a continuar
nuestra vida. De vuestra suerte y la mía, ¿cuál es la mejor? Nadie, a no
de la divinidad, lo sabe.

el
pedile
fueal

La muerte
e los dioses
se suele pedir
que sea de fucil

CITAS

- (1) Aristófanes.
- (2) Primer firmante de la acusación.
- (3) La ciencia de los sofistas.
- (4) Maestros sofistas.
- (5) Evenos de Paros.
- (6) Anitos.
- (7) Juramento en boga en la época.
- (8) Hera, esposa de Zeus.
- (9) Se llamaba así a una parte de la plaza pública.
- (10) Poteidaia, ciudad de Calcidía, en cuyo sitio combatió Sócrates
y salvó la vida de Alcibíades.
- (11) Actualmente le llamaríamos "corazonadas", de las que Sócrates
se enorgullecía de tener.
- (12) Edificio público en que se honraba a los benefactores de la
ciudad, dándoseles alojamiento gratuito.
- (13) Funcionarios encargados de que se cumplan las condenas de
prisión.
- (14) Una mina valía cien dracmas, suma ínfima para la época.